

V

Pese a lo que pudiera creerse, la primera guerra carlista no fue una contienda localizada geográficamente en las provincias que se conocían como vascongadas y Navarra, así como en la zona del Maestrazgo en Levante, donde campaba a su libre albedrío el general Ramón Cabrera, sino que, sobre todo en la fase final del conflicto, se sucedieron arriesgadas incursiones de los ejércitos absolutistas que surcaron todo el territorio peninsular, desde Galicia hasta Andalucía, llegando a cruzar disparos con las tropas leales a la reina niña y su madre a las mismas puertas de Madrid.

Además de la aventura de don Miguel Gómez, que más adelante se referirá, hubo otras expediciones no menos heroicas por más desconocidas, como la del general don Basilio Antonio García, que atravesando La Rioja llegó hasta La Granja de San Ildefonso, en Segovia, pasando por Riaza y Sepúlveda, a las que puso sitio. O la denominada por los historiadores "expedición real", que echara a andar desde la Corte en Estella el día 15 de mayo de 1.837 al mando del pretendiente don Carlos, al que acompañaba el infante don Sebastián y que, tras rebasar el río Ebro, se presentó a las afueras de la capital madrileña, avistándola desde la localidad de Arganda y el portazgo de Vallecas y poniendo en peligro la seguridad de la regente y su hija, la futura doña Isabel II.

Casi coincidiendo en el tiempo, en el mes de Julio del mismo año, otro general carlista, don Antonio

Zaratiegui, vadeaba el curso del río Ebro al mando de ocho batallones de infantería y trescientos jinetes, y asaltaba por sorpresa la ciudad de Segovia, tras hacer lo propio anteriormente con las villas de Covarrubias y Roa en la provincia de Burgos, y Peñafiel en la de Valladolid. Desde la capital segoviana, pasaría el Puerto de Guadarrama en Agosto, sembrando la alarma en la corte isabelina al alcanzar la vecina población de Las Rozas.

En aquel verano de 1.837 resultaba muy arriesgado transitar los caminos ante el temor de verse asaltado el viajero por una partida carlista o, en el peor de los casos, bandas de forajidos que se hacían pasar por simpatizantes de la causa absolutista, y que te dejaban sin blanca. Las viejas ciudades castellanas, mal defendidas por los guardias nacionales -en su mayor parte, voluntarios bisoños tan crueles y exaltados como los llamados facciosos, pero más inexpertos en el arte de la guerra-, se ofrecían como fácil reclamo para los aventureros generales del pretendiente don Carlos y sus habitantes, maltrechos en cuerpo y alma tras años de hambres y penuria, tenían que padecer, además, los rigores de la escasez consecuente a las incursiones de los absolutistas.

Los isabelinos, por su parte, contribuyeron aún más, si cabe, a labrar el infortunio del pueblo, mediante sistemáticas requisas de víveres y, lo más importante, toda especie de caballería y animales de carga o tiro, de modo que devino ilusoria cualquier pretensión de mudarse cada cual de la ciudad o el pueblo en que se hallaba, salvo que estuviera dispuesto a afrontar los peligros ciertos del viaje solo, a pie y casi sin comida.

Únicamente los arrieros y mulateros osaban surcar los caminos peninsulares, siempre altivos y melancólicos en lo alto de sus carros engalanados y entonando alguna copla con aire soñador.

Por aquellos polvorientos caminos desiertos, amenazando cualquier villorrio que atisbara en su recorrido, atravesó el ejército carlista de don Miguel Gómez la España del primer tercio del siglo diecinueve desde la localidad alavesa de Amurrio hasta Algeciras, conquistando en tan descabellada aventura populosas ciudades como Oviedo, Córdoba, Albacete o Baeza, por no hablar de los innumerables pueblos o aisladas fortificaciones que se rindieron a su paso.

El día 20 de agosto de 1.836, después de dispersada su fuerza por las tropas del general Espartero en la batalla del puente de Tarna, en Asturias, don Miguel Gómez caía sobre Palencia, la capital de Tierra de Campos, los históricos campos góticos, antaño solar de los reyes hispánicos, tras marchar por la sirga del canal de Castilla desde Herrera de Riopisuerga, hazaña que describe minuciosamente en la relación o dación de cuenta que, al finalizar su fenomenal andadura, hubo de rendir ante el rey don Carlos, hostigado ya el general por los conspiradores que intrigaban en la corte absolutista.

Cuando el mariscal hizo su entrada triunfal por la calle Mayor, subiendo desde el puente sobre el río Carrión tras poner en fuga a los poco entusiastas defensores de la ciudad, que echaron a correr nada más vislumbrar las boinas rojas y blancas de los fatigosos soldados carlistas, allí estaban aguardando, enardecidos y roncos de gritar vivas, los más destacados

miembros del hasta entonces clandestino conventículo de la calle Pelicano.

El grupo de leales palentinos, que tanto había anhelado el momento glorioso del encuentro con el ejército redentor, apenas pudo contener la emoción cuando, desmontando la cabalgadura y embozado en su característico gabán abotinado de grandes solapas militares, preguntaba cortésmente el mariscal, al tiempo que se destocaba con británica flema:

—Doña María González Santamarina, supongo.

Entonces, aunque en apariencia no experimentara alteración visible alguna la corporeidad de la vieja dama absolutista, su ego se expandió como una gigantesca ola, exhalando un inaudible grito de orgullosa vanidad y complacencia. Fue como un escalofrío, algo así como un éxtasis, como si se contemplara a sí misma en el momento cumbre de su biografía, allí, siendo besada su mano por los labios del gentil mariscal, sintiendo el roce de aquellos dedos huesudos marcados por heroicas cicatrices de guerra; y la ola invisible, el desbordante grito que nadie podía escuchar salió disparado hacia los cielos traspasando los pináculos de la catedral, haciendo temblar los vidrios emplomados en las casas con blasón hasta diluirse mansamente en los círculos más elevados de la esfera celeste entonando un solemne "te damos gracias, Señor", inmediatamente después de que un tropel de cigüeñas y asustadizas palomas ensombreciera unos instantes el sol con su vuelo atropellado.

El 20 de agosto de 1.836 no se olvidaría durante muchos años en la capital palentina. El mariscal carlista, flanqueado siempre por un nutrido cuerpo de ofi-

ciales y seguido a pocos pasos de una cohorte de clérigos y soldados armados hasta los dientes, presidió una misa mayor en la catedral, al tiempo que tenían lugar en todas las demás parroquias oficios de acción de gracias, atronando las torres de las iglesias con el volteo enloquecido de las campanas, a lo que se sumaban las continuas descargas al aire de fusilería y los jubilosos gritos de los legitimistas, que parecían haber enloquecido, de tal manera que con aquel estruendo y algarrabía nadie pudo sustraerse al sorprendente acontecimiento que suponía para la ciudad la jornada de victoria carlista.

De todos modos, se temía la inminente llegada del general Espartero al mando de un fortísimo ejército cristino, así que don Miguel Gómez adoptó urgentes disposiciones para procurar el aprovisionamiento de víveres y municiones. El mariscal era consciente de que no podría permanecer durante mucho tiempo en la ciudad castellana, quizás ni un solo día, por lo que mandó convocar a la camarilla de la casona de la Inquisición para tener una entrevista que en su cuartel general inmediatamente después del agasajo ofrecido tras el oficio en la catedral.

Como se puede deducir de lo anterior, don Miguel estaba al corriente de lo que los del conventículo palentino se traían entre manos, aunque del artefacto, sólo sabía lo que oyó hablar con incredulidad en las nocturnas reuniones del Estado Mayor en la Corte de Estella.

El mariscal se alojó en el edificio del Ayuntamiento, frente al que se levantaron varios puestos de reclutamiento, fugaces tenderetes erigidos con una loneta